

F. V. Kelin

Introducción de "La Vorágine" al ruso

Prólogo de F. V. Kelin para la traducción al ruso de «La Vorágine», de José Eustasio Rivera, hecha por B. N. Zagorsky. (Edición del Estado Soviético, de la colección «Arte Literario». Moscú, 1935.)

LA VORAGINE (PUCHINA)



ENTRE las obras literarias publicadas en Centro y Sud América después de la Guerra Mundial, «La Vorágine», de José Eustasio Rivera, ocupa lugar destacado, con «Los de Abajo» y «El Aguila y la Serpiente» de los mejicanos Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán, «Doña Bárbara» del venezolano Gallegos, «Emigrantes» del brasileño José María Ferreira de Castro y «Un Perdidó» del chileno Eduardo Barrios. «La Vorágine» es uno de los libros mejor informados del Continente latinoamericano, y mientras que algunos de sus similares sólo tienen una significación local, el de Rivera es una obra americana, que ha formado ambiente entre los intelectuales revolucionarios de aquellos países.

Elogios de este libro se oyen indistintamente de un mejicano, de un brasileño, argentino o chileno. En sus once años de vida (apareció en diciembre de 1924) se han publicado numerosas ediciones americanas y traducido a cinco idiomas europeos (inglés, francés, alemán, italiano y portugués). El libro de Rivera fué una sorpresa para el mismo autor, un burgués honrado e inteligente, que con su obra simplemente quiso llamar la atención de su Gobierno acerca de la vida terrible de los habitantes de las caucherías. «La Vorágine» ha despertado profundas divergencias en la intelectualidad latinoamericana, ahondando las diferencias ya existentes en ellas como consecuencia de la lucha de clases. Sin embargo, todos los autores de Hispano América están de acuerdo en que el libro «La Vorágine» es una acusación formidable contra el imperialismo angloamericano que ha querido hacer de las regiones que el libro describe un campo propicio a sus conquistas.

En los círculos de la reacción, encontró también el libro un «aprecio unánime»: sucio, horrible, falso, abominable, libro que desfigura la verdad y mistifica las relaciones entre el capital y el trabajo; tales fueron los elogios con que recibió el libro la prensa reaccionaria de aquellos países.

Concluída la Guerra Mundial, Estados Unidos e Inglaterra inician una ofensiva a fondo sobre los intereses económicos de Latino América, buscando cada uno el modo de controlar exclusivamente lo que ya era medio dependiente de ellos; pero era apenas natural que



a esos movimientos de los dos grandes colosos del imperialismo, correspondiera la clase trabajadora y anti-feudalista organizándose para la defensa. La generación intelectual de 1922 aparece en el escenario de esa lucha, falta de unión y de fuerza; los años posteriores, en que las luchas se enardecen, descubren fácilmente al observador el conjunto de fuerzas extrañas que entran en ellas. Una parte se puso del lado de la reacción; la otra se radicaliza, horrorizada por los sistemas del imperialismo y aguijada por la terrible crisis económica de esos años, y las inteligencias más revolucionarias se afilian en esa corriente. Pero hay también un grupo de escritores que, aunque condenan la situación, lo hacen bajo la influencia de la intelectualidad francesa e inglesa, cerrando los ojos a la realidad netamente latinoamericana, fenómeno que Gorky calificó bien diciendo: «La profundidad y el encanto de las cosas sencillas detrás de las cuales se ocultan la horrorosa pobreza y las angustias del pueblo». (De la famosa carta de Gorky a la Sociedad Obrera Serpuhovsky Rabfakowzy, 20 de enero de 1930).

La nueva generación formada durante la Guerra Mundial y bajo la presión del imperialismo ambiente, entusiasta por la Revolución de octubre, no podía estar satisfecha de aquella literatura falsa y venal. La rechazó con repugnancia y exigió de sus escritores libros nuevos, que reflejaran la vida actual latinoamericana: servilismo imperialista, esclavitud económica, el infierno de la vida proletaria.

El primer gran libro que vino a responder a aquella urgencia de la hora latinoamericana, fué «La Vorágine», de José Eustasio Rivera, que vino a ser como un manifiesto revolucionario de la nueva generación, alrededor del cual se agruparon las fuerzas antiimperialistas latentes.

Rivera es colombiano, es decir, de la parte de América actualmente dominada por el imperialismo norteamericano, siete veces más ambicioso que el imperialismo inglés. Basta indicar las grandes extensiones de tierra colombiana que posee la United Fruit Co., adquiridas a bajo precio; los verdaderos dueños de la industria del café, son los capitalistas americanos; el petróleo y el carbón van también al norte; los ferrocarriles están controlados por los yanquis, y para poder construir el canal de Panamá, los Estados Unidos se apoderaron en 1903 de una gran parte del territorio colombiano. Todos estos son hechos conocidos.

En este medio colonial del capitalismo norteamericano, nació en 1890, en el Departamento del Tolima, José Eustasio Rivera, fruto de una modesta familia burguesa. El autor de «La Vorágine» al concluir su educación en 1909, fué nombrado director de escuela normal, y en 1919 recibió el título de doctor en derecho y ciencias políticas de la Universidad Nacional, en Bogotá. En 1922 fué nombrado secretario de la legación de Colombia en Lima, Perú, y poco después de la de Méjico; formó parte de la comisión que fijó los límites entre Colombia y Venezuela; así se informó

bien de la vida en los llanos que dividen esos países, vida que él ya había conocido desde antes por haber residido en Casanare por los años de 1918 a 1920.

En 1923 Rivera fué elegido representante de la Cámara popular y vicepresidente de esta corporación; trabajó después como abogado en Bogotá y murió en Nueva York en 1929. Según la versión oficial, fué a causa de una enfermedad ocurrida durante su vida en la selva. En Colombia se dijo que Rivera había sido envenenado por sus enemigos políticos, que no querían perdonarle «La Vorágine». Qué tanta verdad puede contener esa leyenda, es difícil decirlo; pero este rumor es cuando menos una demostración bien expresiva de la impresión que causó su libro en Hispano América.

«Hasta ahora soy apenas el autor de dos libros», escribe Rivera con tristeza en 1927, y como autor de esos únicos dos libros continuó hasta su muerte; pero ambos son de gran interés y han tenido gran éxito: «Tierra de promisión» (1921), poesías, y «La Vorágine», (1924). Ambos libros están íntimamente relacionados; en los sonetos de «Tierra de promisión» se encuentra la forma que años después resuena en «La Vorágine», lo que se nota especialmente en aquel soneto en que describe la entrega de la joven indígena a su mayordomo. En el resto de sus poesías, siempre sonoras y expresivas, narra la fuerza de la naturaleza sudamericana y la lucha del hombre con ella, tal como lo hace luego en «La Vorágine». Los sonetos de «Tie-

rra de promisión» no constituyen una unidad poética preconcebida: el poeta ama la naturaleza, que lo retiene demasiado en su poder. El lector, cuando cierra el libro, se siente profundamente impresionado y no sabe por qué. Algo muy distinto es «La Vorágine»: aquí hay un verdadero propósito socialista, el cual, como lo anotaremos más adelante, no aparece a primera vista. ¿Quién es su protagonista? En el primer momento es Arturo Cova, narrador de la historia. Ciertamente, en la novela figuran por lo menos cincuenta personajes a los cuales Cova frecuentemente les cede el primer plano: Promediando la obra, aparece Clemente Silva, que refiere la inútil búsqueda de su hijo extraviado en la selva. Este recuerdo ocupa casi la tercera parte del libro. No por nada la obra de Rivera se llama «La Vorágine»: su principal empeño fué el descubrir las condiciones de esclavitud de la clase trabajadora en Sud América; cuya portentosa naturaleza ha sido convertida por el imperialismo en la arena en donde triunfa el sistema de explotación del hombre por el hombre. Precisamente, en esto radica el mérito esencial de la novela. La naturaleza en la selva latinoamericana es espantosa y sangrienta y atrae como la vorágine. No obstante, en su riqueza primitiva hay todo lo que necesita un hombre para ser feliz.

En las páginas de la novela pasan llanuras sin fin, en donde basta regar un puñado de semillas para recoger una cosecha asombrosa, y donde pueden libremente apacentarse grandes rebaños; allí se hallan grandes ríos y lagunas; ese es el paraíso de bellísimos

pájaros; allí se hallan graciosísimos pájaros que alfombran el suelo de riquísimas plumas; selvas enteras en donde crecen silvestres el caucho, la siringa y la balata; en donde uno de estos colosos cae, nuevos árboles crecen, en medio de miasmas en donde sólo fermentos se respiran, aire caliente, penumbra, marasmo de procreación, según palabras del mismo Rivera.

El hombre de Latino América que Rivera describe, no es enemigo de la naturaleza; por el contrario, la ama con primitivo amor.

«Bajando por los desfiladeros que nos separaban del río, dice Rivera por boca de su héroe, miré a los llanos, cuyas palmas se inclinaban despidiéndome. Quise abrazar las grandes estepas: en ellas pasé los años decisivos de mi vida y ellas están para siempre grabadas en mi alma. Yo sé que en mi agonía se borrarán de mis ojos vidriosos las siluetas amadas; . . . pero conmigo se irán los medios tonos de aquellos adorados crepúsculos».

La misma selva, madre de la soledad y de la niebla, templo de la desesperación y a la cual el autor dedica varias páginas de gran fuerza expresiva, llamándola bravía y sangrienta, crea un amor doloroso en su corazón: «Aquéllos que huyen de la selva, dice uno de los personajes de Rivera, siempre quedan embrujados por ella, aunque vivan en las ciudades. Tristes y desilusionados sentirán siempre un deseo: volver, volver aunque sepan que allí se hundirán». La selva los destroza, y al mismo tiempo que los retiene, los ama.

El carácter de los hombres que describe Rivera, caucheros y «rumberos», evoca la misma naturaleza que los rodea; aparecen dominados por un tranquilo y fuerte sentido de sí mismos; son bizarros, enérgicos y alegres en sus empresas. Al internarse en la selva los guía la sed del dominio. Rivera los llama «conquistadores, paladines de los nuevos tiempos». Pero las condiciones del trabajo existentes en Latino América hacen de ellos esclavos o prisioneros, o los corrompe moral y físicamente.

El tema principal del libro de Rivera es la esclavitud. En forma legal, la esclavitud no existe en ninguno de los países sudamericanos; en el Brasil, que fué en donde más tiempo estuvo permitida, se prohibió en 1888, o sea, hace casi medio siglo. Sin embargo, «La Vorágine» muestra que la esclavitud es un factor no desaparecido de aquellos países. Sus personajes cuentan a cada paso que ellos fueron comprados o vendidos. Toda la novela está llena de martirios y diferentes formas de castigo. Su fondo sangriento es tan grande, que los corresponsales de la prensa reaccionaria latinoamericana, principalmente sus agentes en el extranjero, desmienten a Rivera, criticándole en formas como ésta:

«¿Qué verdad ha de esperarse de ese hombre, escritor loco, casi sadista, cuyo cerebro parece dominado por un tema sangriento?».

Con esto pretenden apartar la atención del lector de aquellas páginas en donde el autor se muestra enemigo de la esclavitud y de la explotación que en La-

tino América tiene un carácter de sistema, de ley no escrita, sostenida por el capitalismo extranjero. Sobre este particular, «La Vorágine» es una brillante prueba de la existencia de la esclavitud en Latino América, de que hablaba ya Marx en el primer tomo de «El Capital». «En algunos países, principalmente en México—decía Marx—la esclavitud existe en una forma disimulada, que se llama «peonaje», protegida por los jueces mismos, que obligan a los peones a trabajar bajo el pretexto de hacer respetar un inicuo contrato, mediante el cual el peón y su familia son pertenencia de un amo y la familia de éste por muchas generaciones».

El transcurso del tiempo ha variado poco esa situación en los países de Latino América. Según «La Vorágine», los peones son nativos y blancos conquistados por el patrón, quien, según ley municipal, los renueva cada dos años. Los peones reciben instrumentos agrícolas y bagatelas, que se les anotan en cuenta como un adelanto de jornal; el caucho que recolectan lo recibe el patrón a precios ridículos, precios que él mismo fija. El cauchero nunca sabe el justo precio de los enseres que el patrón le da, ni cuánto debe recibir por el caucho que entrega. Para el patrón los trabajadores son siempre sus deudores. Esta nueva forma de esclavitud se extiende durante toda la vida del peón y pasa en herencia a sus hijos. Aparte de esa situación humillante, la vida de los peones se empeora más, si cabe, bajo la férula explotadora del vigilante, representante auténtico del patrón, que los azota si se niegan a obedecerle y

hasta los mata. Rivera dice: «Dirán que el peón se fugó, o se murió de fiebre, y ahí terminan las cuentas».

En Colombia, según los hechos, esa misma esclavitud lleva el nombre de «concertaje»; Rivera describe con claridad el destino del rancharo que viaja hacia el río Vichada con Barrera, destino que marca la base de la etapa social que hace de los campesinos instrumentos serviles de los latifundistas y explotadores. La segunda etapa de ese proceso de esclavización está en la conquista de los indios; el autor habla muy frecuentemente de las expediciones organizadas por los colonizadores en busca de esclavos, y aquí de nuevo no exagera. Sobre esto, Alfred Funke, en su libro «Brasil en el siglo XX», editado en Berlín en 1927, nos cuenta lo siguiente:

«Los indios nunca van por su gusto a las selvas contaminadas de fiebre donde crece el caucho. El capataz de un grupo de malhechores asalta con éstos a los campamentos de los indios, que se defienden heroicamente; a los que no mueren en la refriega los amarran y los traen en botes para repartirlos en las diferentes plantaciones. Allí son condenados a trabajos forzados bajo horrible disciplina. A los que intentan fugarse los azotan, si las balas antes no los matan».

El libro de Rivera describe artísticamente las diferentes formas de esclavitud creadas en el continente latinoamericano por el capitalismo extranjero y sus agentes. Sin embargo, la protesta de Rivera no es la protesta de un revolucionario; con todo, sus notas sono-

ras de rebeldía hallan su máximo efecto, tácitamente expresado, en la desesperación que envuelve a sus personajes.

El héroe de la novela, Arturo Cova, es, hasta cierto punto, el autorretrato de Rivera. En los primeros capítulos es orgulloso, individualista, incansable en su lucha con el destino; al final, Arturo Cova, y con él, Rivera, comienzan a entender que de todo no tiene la culpa un solo hombre, Barrera, paladín de la explotación y de la ruina, sino todo un sistema, y frente a ese sistema, el orgullo lírico de un poeta solitario nada puede contra el infierno que es la vida de los caucheros que él mismo describe.

Arturo Cova aconseja a Váquiroy que organice una huelga; Cova se siente ya el jefe y el defensor de los débiles y oprimidos. La huelga no tiene éxito, por el temor de los caucheros y Cova escribe su protesta contra el régimen bárbaro que refleja «el infierno verde» de Latino América. En las últimas páginas de «La Vorágine», Arturo Cova, obligado a huir del grupo atacado por la peste, da a Clemente Silva un manuscrito pidiéndole el favor de cuidarlo «por ser la historia de los caucheros sin esperanza». Cada página de este manuscrito será una revelación. Cova, que sólo pensaba en su persona, se convence de la perversidad humana.

Para mostrar la intención del autor, aparece la figura de Ramiro Estévaney, amigo de Cova, quien inesperadamente encuentra en la plantación a Váquiroy,

estropeado y casi moribundo. Ramiro es como el hermano mayor de Cova, su otro yo, tipo inteligente del latinoamericano; su destino corre paralelo al de Cova. El también «vió todo» y apreció los horrores de la selva; pero no puede protestar. «En la vida de Ramiro Estévanéz, observa con desdén Arturo Cova, no hubo un gesto memorable ni un hecho extraordinario». En estas palabras sonríe la amargura de un pasado triste. Estévanéz prefiere hundirse en la selva, desoyendo el consejo de Cova, que le insinúa la fuga, único medio de salvación. Su voluntad, sus pensamientos y sus deseos, están atrofiados. Comparando estos dos personajes, Rivera condena a este grupo de individualistas que tratan de luchar contra el destino, sin hallar un nuevo camino que los libre de los horribles tormentos de la vorágine.

El final del libro es trágico: Cova y sus compañeros no retornan jamás; la selva los devoró.

Sin embargo, el libro de Rivera abrió el cauce a una nueva corriente, que ha desviado el interés del público de la antigua literatura que, como dice Gorky, «decía el encanto de las cosas sencillas, detrás de las cuales se olvidaban los grandes horrores»; literatura manida, cuyos representativos más notorios en Sud América son Manuel Gálvez, Hugo Wast, Lugones y otros.

Con «La Vorágine», de Rivera comienza a revelarse, en el mundo literario de Latino América, la realidad en toda su desnudez.

ras de rebeldía hallan su máximo efecto, tácitamente expresado, en la desesperación que envuelve a sus personajes.

El héroe de la novela, Arturo Cova, es, hasta cierto punto, el autorretrato de Rivera. En los primeros capítulos es orgulloso, individualista, incansable en su lucha con el destino; al final, Arturo Cova, y con él, Rivera, comienzan a entender que de todo no tiene la culpa un solo hombre, Barrera, paladín de la explotación y de la ruina, sino todo un sistema, y frente a ese sistema, el orgullo lírico de un poeta solitario nada puede contra el infierno que es la vida de los caucheros que él mismo describe.

Arturo Cova aconseja a Váquiro que organice una huelga; Cova se siente ya el jefe y el defensor de los débiles y oprimidos. La huelga no tiene éxito, por el temor de los caucheros y Cova escribe su protesta contra el régimen bárbaro que refleja «el infierno verde» de Latino América. En las últimas páginas de «La Vorágine», Arturo Cova, obligado a huir del grupo atacado por la peste, da a Clemente Silva un manuscrito pidiéndole el favor de cuidarlo «por ser la historia de los caucheros sin esperanza». Cada página de este manuscrito será una revelación. Cova, que sólo pensaba en su persona, se convence de la perversidad humana.

Para mostrar la intención del autor, aparece la figura de Ramiro Estévanez, amigo de Cova, quien inesperadamente encuentra en la plantación a Váquiro,

estropeado y casi moribundo. Ramiro es como el hermano mayor de Cova, su otro yo, tipo inteligente del latinoamericano; su destino corre paralelo al de Cova. El también «vió todo» y apreció los horrores de la selva; pero no puede protestar. «En la vida de Ramiro Estévanéz, observa con desdén Arturo Cova, no hubo un gesto memorable ni un hecho extraordinario». En estas palabras sonríe la amargura de un pasado triste. Estévanéz prefiere hundirse en la selva, desoyendo el consejo de Cova, que le insinúa la fuga, único medio de salvación. Su voluntad, sus pensamientos y sus deseos, están atrofiados. Comparando estos dos personajes, Rivera condena a este grupo de individualistas que tratan de luchar contra el destino, sin hallar un nuevo camino que los libre de los horribles tormentos de la vorágine.

El final del libro es trágico: Cova y sus compañeros no retornan jamás; la selva los devoró.

Sin embargo, el libro de Rivera abrió el cauce a una nueva corriente, que ha desviado el interés del público de la antigua literatura que, como dice Gorky, «decía el encanto de las cosas sencillas, detrás de las cuales se olvidaban los grandes horrores»; literatura manida, cuyos representativos más notorios en Sud América son Manuel Gálvez, Hugo Wast, Lugones y otros.

Con «La Vorágine», de Rivera comienza a revelarse, en el mundo literario de Latino América, la realidad en toda su desnudez.